

ESTAR EN LA CÁRCEL (Se dice pronto)

Son muchas las veces en que uno –por lo menos yo- dice que <no es nadie> para hablar de tal o cual cosa, porque le falta sabiduría o no tiene experiencia para ello. Me encuentro yo entre los que <no somos nadie> para hablar de las prisiones como experiencia personal, y no porque no haya vivido en su interior como preso, sino porque no es posible poner en una misma cuenta mi experiencia, que no ha llegado a diez meses contando mis dos estancias (en 1966, y en 1974-75), con la de quienes han sufrido, y siguen sufriendo, largas temporadas en aquellos infiernos, contando sobre todo con las actuales (y más dramáticas que nunca) circunstancias. Uno no es nadie, en efecto, pero tampoco es menos que nadie, y cuando se trata de este tema –¿y como no tratar ahora de él, cuando tantos y tantos presos y presas se están pudriendo (así, literalmente, pudriendo) en las cárceles españolas?-, cualquiera es alguien para decir, si es que por un momento le dejan, su dolorosa opinión sobre lo que tristemente sucede, está sucediendo mientras me tomo este vino, mientras me paseo por esta calle, mientras saludo a un amigo y nos reímos por cualquier comentario. Estar encerrado en una prisión es una de las más terribles situaciones en las que puede hallarse un ser humano, y es, por cierto, una experiencia que se comunica muy difícilmente, en el caso de que sea posible comunicarla. El espacio interior de una cárcel es un espacio <otro>, de manera que casi podría decirse que se encuentra en otra dimensión. En los dolorosos momentos en que el preso y su familia <comunican> en el locutorio de la cárcel, es muy delgada la lámina de espacio que los separa y sin embargo es una lejanía inmensa, casi podría decirse cósmica. En cuanto al tiempo, tampoco el que transcurre allá dentro se puede homologar con el tiempo exterior: con el de los que estamos, como se dice, <en la calle>. Yo pienso hoy en todo esto e imagino la situación, ya de por sí abrumadora, reduplicada por los regímenes <especiales> a que son sometidos los presos en las cárceles de la <democracia española>, y ahora, por si todos los horrores fueran pocos, la huelga de hambre, ¿hasta cuándo? ¿Hasta la muerte? ¿Qué hacer para evitarla? Las mejores gentes de nuestro pueblo están reclamando en las calles, valerosamente, la amnistía, y sólo golpes, tiros – como ahora en Rentería- responden a este anhelo profundo, cuyo objetivo es una de las condiciones del alto el fuego en esta guerra: condiciones nunca escuchadas por quienes hipócritamente dicen desear con fervor la paz para Euzkalerria; una paz que, desde luego, es inconcebible en la injusticia.

Yo ahora me estoy tomando un vaso de vino en este bar. Yo he abierto la puerta de mi casa esta mañana y he salido a la calle. Yo he podido tirar hacia la Calle Mayor o hacia la Marina. Yo he comprado “Egin” y lo leo ahora tranquilamente en esta terraza. Yo volveré luego a casa y nos sentaremos a la mesa y almorzaremos. ¡Qué placeres tan enormes! ¡Qué bella está la mañana la bahía de Txingudi! ¡Estar en la cárcel! ¡Se dice pronto! Hay que sacar, hermanos, a nuestros presos de las cárceles. Es insoportable pensar que ellos están allí.

Enero 1982